

ANTONIO LUIS SUÁREZ MORENO

JOAQUÍN SÁNCHEZ RUIZ

La descripción de este gran profesor y humanista que se entregó por entero al mundo de la música y la oración merecen una reflexión; y es para mí singular, ya que trabajo como profesor en el Conservatorio «García Matos», que está a pocos metros de donde él plasmó su sabiduría, y por ser alumno de un alumno suyo como fue Esteban Sánchez Herrero en cuya tesis trabajo.

Joaquín Sánchez Ruiz nace en Orillan la Vieja (Badajoz) el 19 de Noviembre, de 1875. A los once años, 1886, ingresa en el Seminario Diocesano de Plasencia; a los 23 en 1898, finaliza sus estudios eclesiásticos; el 3 de agosto de ese año, toma posesión mediante oposición de la plaza de organista y Maestro de Capilla de la Catedral de Albarrazín (provincia de Teruel), el 31 de mayo de 1899, cuando aún contaba veintitrés años, recibe el presbiterio en Segorbe (provincia de Castellón); a los veintisiete en 1902, gana por unanimidad la oposiciones a Maestro de Capilla en la Catedral de Zamora; a sus treinta años, el 15 de febrero de 1906, toma posesión del cargo de 2º organista de la Catedral de Coria, mediante oposición; y por fin, el 8 de octubre de 1912, con 36 años de edad, toma posesión del Cargo de Organista y maestro de Capilla, mediante oposición de la Catedral de Plasencia, cargo en el que permanece hasta su jubilación, acaecida el 9 de mayo de 1943. No creamos que las referidas oposiciones fueron en algún modo fáciles; cuando menos contaban de los siguientes ejercicios: Armonía, Contrapunto y Fuga, Composición, Canto llano, Canto de Atril, Dirección, y siempre, la más comprometida de las pruebas, ante el instrumento, en estos casos el Órgano.

En consecuencia, hay algo curioso digno de reseña por sus variopintos conceptos y terminología. Copio textualmente la nómina de los derechos devengados que satisfizo el entonces presbiterio, D. Joaquín Sánchez Ruiz al tomar posesión del beneficio de Organista y Maestro de Capilla de la Santa Iglesia, Catedral de Plasencia.

A la fábrica de la Catedral por la silla de coro, 3,75; al Secretario Capitular por sus Derechos, 10,00; al Pertiguero por los suyos, 2,50; al Organista por tocar

en el acto de Posesión, 1,25; a los dos Sacristanes de la Santa Iglesia Catedral, 2,00; al Auxiliar de Sacristía, 0,50; al Ministerio de Silencia, 0,50; al entonador, 0,50; al donado, 0,50; al Campanero, 0,50; a los cinco mozos de coro, 1,25; al pueblo en el acto de posesión 2,50; a los Edictos para las Catedrales y sobres para los mismos, 15,00; por el Título y Mandamiento en posesión, 5,00; derechos de Certificación y papel para la misma, 3,50. Totalizan 50,50. Cuya cantidad recibo hoy 8 de octubre de 1912. El Secretario Capitular, D. Diego Requena.

Esta más que apreciada síntesis, refleja claramente en qué lugares y como, quedan distribuidos los ochenta años que vive Joaquín Sánchez Ruiz, Los once primeros años, es decir, de 1875 a 1886, y sus siete últimos, o sea, de 1849 a 1856, transcurren en su pueblo natal Orellana la Vieja, suman diez y ocho, en los que van de 1886 a 1898, cursó sus estudios eclesiásticos en el Seminario Diocesano de Plasencia, siendo también en su niñez y juventud, alumno de el Colegio «La Constancia» más conocido popularmente por aquí, por San Calixto; los ocho años comprendidos entre 1898 y 1906 se reparten en tres ciudades: Albarracín, Teruel y Segorbe; en esta última cantaba misa en 1899, aunque permanece bastante tiempo en Albarracín, abstracción hecha del Periodo empleado hacia 1902 en preparar y realizar diversas oposiciones; los seis años que siguen, de 1906 a 1912, le llevan a la vecina ciudad de Coria, en su ya habitual calidad de Organista. Y a partir de 1912 hasta 1949, la inquietud del joven D. Joaquín Sánchez halla asiento y sosiego en eso treinta y siete años, que, casi con los trece adicionales que pasa en el Seminario, arrojan la cifra de cincuenta, ese medio siglo que D. Joaquín dedica a Plasencia. Después, ya queda dicho, retornará a la villa en la que nació, como el boomerang vuelve al lugar que fue lanzado. Y volvería cuando ya habían pasado seis años, en 1949, luego de su jubilación de todo cargo en 1943; y volvería con los ojos humedecidos por la emoción del trance, según recuerdan no pocas personas. Y no debe de costar trabajo creerlo porque D. Joaquín se traslada a Orellana por el insistente requerimiento de su sobrina María Antonia Sánchez, que vivió con el desde muy temprana edad le cuidó, o le ayudó, y con el colaboró cuanto fue posible, especialmente en las labores y trabajos pedagógicos, que con una vocación sólo comparable a la sacerdotal, mantuvo y desarrolló incesantemente D. Joaquín, atendiendo a sus alumnos Placentinos y de otros lugares de Extremadura. Pero repito, nadie convenció a D. Joaquín para dejar Plasencia; fue él, quien se dejó «convencer» intuyendo el deseo de sus familiares al menos, de los más allegados, era procurarle el mayor descanso físico y anímico en su ya avanzada edad, lo que hubiera sido harto problemático aquí en Plasencia.

Sea como fuere, ahora lo más que nos importa, y puede realmente interesar hasta cautivarnos, es aquello, por lo que se debe considerar a D. Joaquín Sánchez, como el primer músico extremeño con entidad, de nuestra época, que providencialmente nace y se hace en Extremadura, se supone por fuerza y a juzgar por su gran talla, que se forma de modo casual, empírico y autodidáctico. En contraste urge advertir, cuanto y con qué generosidad se da en beneficio de tantos que a él se acercaron en demanda de consejos o enseñanzas, y fueron mucho

más que muchos a través de esas cinco décadas que estuvo en Plasencia. Los mejores músicos que Extremadura ha dado a lo largo de dos generaciones, y que por fortuna sigue teniendo en gran parte, tuvieron en D. Joaquín su inicial mentor; incluso más adelante, algún otro músico de relieve actual, y extremeño por más señas estudió con uno de sus discípulos.

Hacer una semblanza de D. Joaquín Sánchez, si quiera más limitada que normal, no resulta sencillo; Esteban Sánchez convivió junto a él cinco años consecutivos; justamente la primera vez que vino a Plasencia, en 1941, no había cumplido siete años y estuvo casi de seguido hasta 1946; luego frecuentó Plasencia en innumerables ocasiones y gracias a su buen amigo hoy fundador y director del Conservatorio Profesional de Música «García Matos», don Antonio Luis Suárez Barquero ofreció innumerables conciertos en el Auditorio «Santa María» del citado Centro, Esteban a partir de 1948 y por imperativo de sus estudios se ausentó indefinidamente del lado de su tío y ya solo lo pudo ver de forma espaciada en vacaciones.

D. Joaquín como lo recuerda su sobrino era de normal estatura y pelo grisáceo, robusto y bien proporcionado, frente amplia y despejada, rasgos faciales muy acusados y poderosa cabeza de perfiles bien definidos. Aparentaba ser nervioso en extremo y en cambio poseía un autocontrol absoluto; dentro de su talante afable y campechano escondíase un temperamento fuerte, nunca brusco; de natural supersensibilidad, su trato resultaba esquisito, y su corazón estaba siempre presto a la ternura. En él coincidían plenamente un genio oculto y soterrado frente a un ingenio agudo y chispeante que de continuo exteriorizaba. Gran amante de los dones con que la mano del creador obsequió a Plasencia se hacía acompañar habitualmente del niño Esteban en sus dilatados paseos de hasta cinco y más kilómetros por los alrededores; era su gran evasión, sino la única; en el curso de estas caminatas no hablaba apenas de religión, quizá porque de hecho fue una persona profundamente religiosa en su actitud de ejemplares costumbres; no mucho más decía acerca de música, suficientemente lo hacía con las lecciones diarias. De trecho en trecho abría el breviario para rezar, tomaba un poco de aliento, cerraba el libro y en seguida reanudaba la marcha a buen paso y en meditativo silencio, de pronto parábase y miraba con calma en derredor, cuando salía de esos éxtasis contemplativos iniciaba su amena charla y le explicaba al joven pianista lo que él creía que debía comprender a su edad; le entusiasmaba los temas geográficos, ya fuesen humanos físicos o políticos; con entera delectación y detalle relataba las vivas impresiones que guardaba de sus visitas a los recuerdos históricos-artísticos de Guadalupe, Mérida, Trujillo o Yuste. Otra pasión fue la Literatura; todos los volúmenes que aparecían como novedad, con preferente consulta, los adquiría por elevado precio que tuvieran; pero es de suponer que no le restasen horas para la lectura.

En su calle sita en la calle Bravo, nº 15, D. Joaquín daba sus clases de Música sin descanso de la mañana a la noche, y ya había atendido sus menesteres religiosos a las primeras horas del día, de modo asiduo en la Catedral, aunque celebraba misa con alternativa periodicidad en distintos templos, San Esteban, San

Nicolás, etc. Cuando Regresaba de la Catedral ya cumplida sus obligaciones religiosas desayunaba frugalmente y antes de comenzar las clases practicaba al piano por espacio de media hora; es obvio que no disponía de tiempo para estudiar, pero quería mantener sus dedos en forma; le oía repetir trozo a trozo, día tras día, año tras año los estudios nº 4 y 20 de la Escuela del Virtuoso, *opus* 365, de Czerny.

¿Cuántos alumnos atendería D. Joaquín en cada jornada?, al cabo de cuatro décadas vertido ala enseñanza ¿Cuántos pasarían por su clase? Incalculables. Ello iba a traducirse en fructíferos resultados, trascendentales en ciertos casos para el devenir de la historia musical, no en exclusiva en Extremadura, sino de España en un contexto ilimitado. De Plasencia salieron alumnos solidamente preparados, con todas las cartas en regla, que tuvieron en D. Joaquín su primer maestro, no ya en el sentido cronológico, asimismo en fundamentales connotaciones de la cultura musical y humana; así lo demostraron los ya desaparecidos y así lo demuestran los que afortunadamente viven.

Me contraría sobremanera la imposibilidad de relacionar la enorme cantidad de discípulos a lo que D. Joaquín guió, y que por una y otra causa se han distinguido fuera de nuestra tierra. Pero los más significativos deben ser citados:

Manuel García Matos, nacido y crecido en Plasencia, fue Catedrático del Real Conservatorio de Música de Madrid y, sin duda, el investigador Musical más sobresaliente que en su área ha tenido España y muy probablemente Europa. Le hizo una dedicatoria en su obra «Lírica de la Alta Extremadura» publicada por Unión Musical Española en Madrid el año 1944; dice así: «A D. Joaquín Sánchez, mi amado e inolvidable Maestro, en prueba de gratitud profunda y cariño inmarcesible».

José María Mancha, persona que fue muy conocida en Plasencia; sacerdote, natural de Guareña, provincia de Badajoz, organista de vasto repertorio y lucido pianista; también Catedrático de Órgano en el Real Conservatorio de Música de Madrid.

Isidoro García Polo, Román Gómez Guillén... la nomenclatura se haría prolija en exceso, inacabable si tuviéramos que dar un mínimo detalle de cada uno de los alumnos de D. Joaquín que en su justicia lo merecen.

Escaso número de composiciones llegaron hasta nosotros de Joaquín Sánchez: Dos himnos; uno, el Himno ala Parroquia, y otro el Himno de la Academia Eucarística del Seminario de Plasencia, y un precioso «Vexilla Regis» a cuatro voces mixtas, tambien como prueba de afecto dedica un Himno a Plasencia en 1913, tan solo un año después de fijar aquí su residencia, obra de la que dá cumplida información el periódico de esta localidad, intitulado «Regional» en fecha, 10 de mayo de 1913, número 571, que por aquellas calendas se publicaba Plasencia.

Hemos descrito, si bien someramente, facetas muy sustanciales, pero restan y restarían tantas por descubrir en la extensa e intensa biografía de D. Joaquín Sánchez que me referiré a su condición eclesial, D. Joaquín Sánchez no era simplemente un magnífico Sacerdote; al decir de muchos, estos conocieron su talla de espléndido orador y esclarecido teólogo. D. Joaquín por añadidura un decidido entusiasta del lenguaje conversacional, sin excluir esos ribetes de cordial apasionamiento, con que a menudo exponía y desarrollaba sus tesis y argumentos. En este orden de apreciaciones nunca se apagaran los ecos, si se quiere en determinados y reducidos sectores, de la celebre polémica que sostuvo con Miguel de Unamuno o viceversa, cuando este visitaba Plasencia por segunda vez, ya bien entrado el presente siglo. Ambos hombres más que tener intención de entrevistarse, se hallaron de manera fortuita, las personas que me dieron parecer concerniente a este tema, por lógica una o dos generaciones posteriores a la de D. Joaquín poco saben de su encuentro con el genial pensador; de lo que no cabe duda, es, de que Unamuno buscaría por enésima vez en su incesante peregrinaje, el razonamiento, la razón de la existencia de Dios, y el inescrutable destino hizo lo demás poniendo a D. Joaquín en la ruta de D. Miguel, o al contrario. Y es probable e incluso increíble que D. Miguel y D. Joaquín se entendiesen en más de un problema de ese rompecabezas contradictorio, espectral e inquietante que Unamuno jamás llegaría a sacudirse, porque lo llevaba en la masa de su sangre. Este insigne escritor tenía una especie de profunda llamada e identificación que lejos de disminuir fue «in crescendo». D. Joaquín no estaría de acuerdo con Unamuno en al menos un aspecto; la solución es simple, para Unamuno los misterios ahogan la fe, por eso la fe necesita una explicación razonada que ni la razón ni sus razonamientos podían darle; en lo más hondo de su ser, Unamuno luchaba con su agnosticismo hasta renegar de él, sin conseguir evitarle. Unamuno confiesa en el primer capítulo de su obra «Soledad» y no digamos en su excelso poema «El cristo de Velázquez» cómo y por qué, Dios se le revela por vía cordial. Para el quintaesenciado teólogo que rea D. Joaquín, la fe está más allá de toda demostración usual, si no, no sería fe, la fe era para D. Joaquín la virtud que debía y podía enriquecer todas las demás, la primera de las virtudes teológicas, el más corto y directo y único camino hacia Dios. No, Unamuno no llegaría a razonar la fe, y si él no lo consiguió nadie va a lograrlo; desesperadamente lo deseaba, pero Unamuno tampoco daría su brazo a torcer, perdiéndose en el laberinto de la semántica aplicada a la hermenéutica. Parece ser y tengo sabido por habérselo dicho hace unos años el ya fallecido Sánchez Mora a Esteban Sánchez y este habérmelo comentado a mí que D. Joaquín dijo a Unamuno: «Lo que a usted le sucede, es, que no tiene fe», a lo que Unamuno adujo: «Lamento que, hasta ahora tengan más fe los ateos que los teólogos, pues en definitiva. ¿Por qué los ateos se preocupan tanto de quien según ellos no existe», D. Joaquín replicó con rapidez:

«Es una resuelta y muy sapiente observación, pero a usted no le hace falta semejante paradigma, tiene uno mucho mejor en sí mismo, en las dudas que le corroen, en esas interrogantes que le exigen, más que ninguna otra razón, su necesidad de Dios».

El P. Sánchez Mora solía referir que de esta coloquial conversación mantenida con D. Joaquín Unamuno dijo: «Este joven Sacerdote es una de las personas más preparadas e inteligentes con quien haya tenido oportunidad de hablar». Es de suponer que Unamuno, si no convencido marchase de Plasencia un tanto reconfortado en su impenitente viaje por los caminos de la geografía Ibérica, por esos caminos que le ayudarían y le conducirían finalmente a encontrarse ante el Dios que siempre anheló ver.

Retornando a la música, D. Joaquín era extremadamente polifacético y poseía una extraordinaria carga intelectual, pero sus más nobles y gozosas emociones estaban marcadas por la música, esa otra religión que el compaginaba admirablemente con su estado religioso, sin gazmoñerías, ni gestos adustos; al contrario algún atisbo de genio súbito, temperamental, eran síntomas efímeros e inequívocos que habitualmente daban paso a su habitual y magnífico humor, del que disfrutaba riéndose a carcajadas, ufano de sus ocurrencias. Pero no hay que olvidar que estamos de nuevo con D. Joaquín el músico. He podido estudiar de gente que le escuchó, sus espléndidas dotes organistas; en la sonora caja pétrea catedralicia, Esteban preguntó a su tío por qué no le enseñaba a tocar tan peculiar instrumento que él también dominaba, y desde luego las causas le parecían elementales; rara vez es viable tener en casa un instrumento de tales características. En todo caso fuera de la liturgia, D. Joaquín prefería que Esteban tocara el piano, y se supone por las múltiples partituras pianísticas que nutrían sus estanterías y del ininterrumpido uso que de ellas hizo; aún así piano y órgano le subyugaban.

Con respecto a los compositores D. Joaquín era puramente ecléctico, en ocasiones comentó: todos los músicos compositores importantes tienen su sitio, su puesto en la Historia de la Música, si intentásemos hacer a alguno de menos mutilaríamos su contenido y esencia, y lo que aún sería peor, no haríamos sino denunciar nuestro desconocimiento sobre su integridad. Es verdad que D. Joaquín mostraba una cierta inclinación por este orden, hacía Beethoven, Bach y Wagner, igual que para exaltar y exultar a otros compositores, argüía: Que admirable mérito el de Brahms, Cesar Franck y Chopin..., que construían una Sinfonía, un cuarteto, una sonata, cualquier bella obra sin desmerecer de las que ya hicieron Bach y Beethoven. En esta línea voy a abordar una anécdota: Manuel García Matos, aún muy joven, cuando todavía no había adquirido una firme base musical, dijo a D. Joaquín: «He de confesarle que a mí el compositor que más me atrae es Enrique Granados»; D. Joaquín le reconvino serenamente: «Manuel no puedes aún afirmar con propiedad ni seguridad tus preferencias; hasta que siquiera conozcas y sepas analizar las grandes obras de Bach, Haendel y Beethoven, no sabrás realmente en que consisten tus apetencias artístico musicales; entonces te gustará mucho más no solo Granados, sino tantos y tan formidables autores, porque sabrás ponerlos en su verdadero orden y descubrirás su verdadera dimensión». García Matos respondió años más tarde: «Cuanta razón tenía usted, D. Joaquín, ahora conozco, sé, he asimilado una infinidad de música anterior y posterior a nuestro gran músico romántico y nacionalista, Enrique Granados, ello me

ha servido, como todos sus consejos y enseñanzas para comprender la música, la música española, la música en general, y lo que me resultaba más difícil, comprenderme a mí mismo.

Mucho se extrajo de las enseñanzas de D. Joaquín Sánchez Ruiz. Yo creo que un gran maestro es aquel cuyas lecciones no sólo valen al discípulo en el momento de recibirlas, sino durante toda su existencia, y que además, aplique como hizo D. Joaquín con sus alumnos la norma por excelencia de anteponer el tú al yo; D. Joaquín sabía además que el maestro innato va haciendo a sus alumno, al tiempo que estos van haciéndola maestro, y que nadie llegará a ser un buen profesor si antes no ha aprendido a ser un buen humanista.

D. Joaquín no sólo enseñó música como versan en estas palabras extraídas del discurso que hizo D. Esteban Sánchez en su ingreso en la Real Academia de Extremadura, su humanismo su honradez cabal, su amor al trabajo, su consagración fiel al ministerio sacerdotal, su humildad despojada de toda gloria vana, su preclara visión de la vida terrena y ultraterrena, le hacían actuar de manera gozosa e intensa en grado superlativo como si cualquier minuto hubiera podido ser el último de su vida...